

## Por la biblioteca

Pepe Martos y yo pasamos muchas tardes en la biblioteca municipal. Solemos ponernos uno frente al otro y apenas cruzamos alguna frase a lo largo de la tarde. Él, imbuido en sus problemas de turbinas, con miles de ecuaciones, gráficas y cálculos; y yo, intentando aprender y comprender técnicas que puedan eludir al hombre de la ansiedad, el estrés, el miedo, la desesperanza, el desamparo.

La biblioteca es un sitio especial de esta ciudad (Úbeda, claro). Es verdad que cuando uno se siente parte de una ciudad, quizá cualquier rincón pueda sentirlo como especial, pero no es eso. No es el chauvinismo del lugareño, entre otras cosas porque no soy de aquí. Me siento parte de muchos sitios, aunque de Úbeda, un poco, también lo soy. La biblioteca suele estar concurrida, tanto que en periodos de exámenes universitarios no es fácil encontrar sitio. El perfil del usuario es joven con mochila, portátil, y cascos, aunque no faltan niños y mayores (a Pepe y a mí imagino que habrá que incluirnos en estos últimos). Por encima de las mesas se ven libros y apuntes de Derecho, Inglés, Geografía, Química, Pedagogía. De lo más variopinto que hay en conocimiento. A veces el silencio suele ser interrumpido por el sonido que emiten los ordenadores cuando se arrancan o los teléfonos que a veces se nos olvida poner en silencio.

Los lugares especiales son los que entran por los sentidos y dejan marca. Una huella imperceptible que los hacen reconocibles cuando te adentras cada vez en ellos. No solamente es la vista lo que hace reconocible un lugar, es el olor, el tacto. Cuando pasas los patios del Hospital, la simetría, el equilibrio, el orden que ya pensara Vandelvira, te va acogiendo. El ruido y el caos desaparece conforme vas dando los pasos. Al cruzar la puerta de la biblioteca: el olor de los libros, de la madera de las estanterías, el calor de la calefacción radiante, el silencio y la concentración de los que estudian, me hacen pensar en un vientre materno, en una urna gigante donde duerme el tiempo. Porque el tiempo apenas duerme, y si lo hace es entre las campanas de los campanarios, las murallas derruidas y los libros de las estanterías. La sensación es que en su interior la vida tiene más matices, más riqueza que en el exterior. Ya sé que cualquiera de los jóvenes que hay dentro estudiando me tildaría de disparatado. Debe ser la edad. Tiene además una de esas máquinas de café, en la conserjería del Hospital, que quizá sea la excepción de estas máquinas, pero que por sesenta céntimos te proporciona un capuchino realmente exquisito. Al principio de la tarde solemos sacar la calderilla y homenajearnos en ella: él, un chocolate; yo, lo dicho, un capuchino. Nos hace gracia comentar que en la calle ya nos saludan los bibliotecarios. No sabemos si otros profesionales como los camareros nos reconocerían. Somos gente rara. Nos reímos. Pepe

anda terminando ingeniería superior. Hombre práctico donde los haya. Yo, terminando psicología. Hombre poco práctico donde los haya. No sé si la sensación que yo tengo cuando entro en la biblioteca es compartida por él, pero el otro día me sorprendió un comentario: “cuando terminemos esto tendremos que matricularnos en otra cosa, quizá en un doctorado, nosotros ya morimos con las botas puestas. Este es el mejor sitio donde pasar la tarde”. “Es cierto, pocos sitios hay mejores”. “El lugar es cálido en invierno y fresco en verano” “Y las bebidas de la máquina están que te pasas” “Y las muchachas que estudian, también” . Nos volvemos a reír. Unos minutos después estamos otra vez inmersos: él, en sus números y yo en mis terapias. Ajenos al ruido del exterior, al caos; pero ajenos también al interior: al sonido esporádico de los móviles, a la temperatura, al olor de los libros, y también a las muchachas. La vida pasa, y también lo hace, aunque a algunos les cueste creerlo, por las bibliotecas.

*A. G<sup>a</sup> Santiago  
Enero de 2013*